DOS CUENTOS DE JORGE FERRER-VIDAL

I

UN HOMBRE ESTA TRISTE

Te imaginas que todo ha concluído; suspiras, ves el sol cayendo por detrás de las casas de la ciudad; tú, sentado en una silla de la plaza de a dos reales la hora, Simeón Lucas, ves el sol ocultándose por detrás de los edificios bien sabidos, bien conocidos de la ciudad, la Casa de la Moneda, el Centro Asturiano, la Telefónica Nacional, el Banco Popular, las casas anónimas de vecindad donde habitan los seres ignorados, los hombres, las mujeres, los niños que te ignoran e ignoras, y miras el cielo y lo ves paliducho y mortecino o, de pronto, rojizo de fiebre y sol, sinceramente lo ves enfermo, a punto de morir, agonizante de noche, ornándose, en un desesperado intento de supervivencia, con unas nubecillas largas, anaranjadas, frágiles, como cabelleras de chicas imposibles y te lo confiesas, te lo dices, lo reconoces; estás tristérrimo, sí, te encuentras abatido, enfermo, inhábil, y te preguntas cómo, por qué y para qué palpitas aún, Simeón Lucas, cuál es el fin del mundo y de las cosas y el sentido, aunque sea inexacto, de este estar tuyo en la silla de la plaza, viendo, contemplando, admirando la muerte de la tarde, las nubes inocentes del cielo, el vuelo atormentado, absurdo, de las golondrinas, de los jilgueros trinando como locos, como dejados de la mano de Dios, derrotados, deshechos, destrozando con sus círculos, con sus elipses, con sus repentinos cambios de vuelo, la calma infinita del aire.

Simeón Lucas, estás tristérrimo, abandonado y sólo, y para captar mejor los matices del cielo te dejas resbalar de trasero por el asiento metálico de la silla, cuya pintura se abomba en ampollitas en las que te entretienes hincando las uñas, una por una, hasta quedar sentado sobre el coxis con las piernas rígidas, descansando en el suelo por los talones y la nuca apoyada en el respaldo, y te da en pensar que en esa posición dejas las plantas de los pies al descubierto y la gente que pasa por la calle puede distinguir perfectamente las suelas destrozadas de tus zapatos (un pensamiento idiota), o que, al verte así sentado, los niños que juegan en la plaza pueden dejar sus aros, sus diábolos, sus canicas y acercarse a tu silla y hacer corro a tu alrededor y comentar, en voz alta, tu tremendo desaliño, señalando las infinitas manchas de tu traje de luto, negro, para concluir, los niños, preguntándose si un tío en esa posición, es decir, estirado casi sobre una silla,

con la nuca apoyada en el respaldo y los ojos abiertos, fijos en el cielo, no debe estar muerto (un pensamiento amable).

Ahora, Simeón Lucas, dejas de pensar en esas cosas y recuerdas, mientras fijas tus ojos en el pararrayos de la Compañía Telefónica Nacional, la visita que has realizado esta mañana al agente de cambio y bolsa, don Julio Moya Olivar, para llevarle debidamente firmados los vendíes de acciones de la C. A. M. P. S. A. y de Manufacturas Metálicas Madrileñas de tu jefe don Enrique, y te ves de nuevo con ellos, sus desgracias particulares, y acabando el apoderado señor Rivilla sentenciando que eso de la cirugía cardiovascular no está solucionado ni mucho menos; cuando don Julio, en persona, ha aparecido en la oficina y, al verte de negro riguroso, se te ha acercado y ha dicho: "Pero, hombre, ¿qué le ha pasado a usted", y tú has contestado: "Le traigo los vendíes de don Enrique, don Julio", "Sí, ¿pero que le ha pasado a usted?" y lo has explicado una vez más, con pelos y señales, mientras don Julio te escuchaba, meneando la cabeza con gesto bonito de solidaridad de pena y al fin te ha dicho: "Ahora lo que necesita usted es distraerse. Hablaré con don Enrique. Sé lo que es eso. Cuando murió mi mujer, quedé tristérrimo."

Sí, lo estás, te das cuenta de que lo estás viendo —el elaborado ir y venir de las golondrinas en el cielo— contemplando el resplandor rojizo del sol ya oculto detrás del edificio del Banco Popular, que proyecta su mole de cemento contra el cielo, aureolándole de un rojo escandaloso y enfermizo; te das cuenta de que estás oyendo, escuchando las voces de los niños que siguen jugando con sus cosas, sin fijarse en ti —¿por qué iban a hacerlo?—, sin fijarse en tus zapatos rotos o en tu traje mal teñido de negro, lo cual te muestra claramente, Simeón Lucas, la total inoperancia de tus amables o idiotas pensamientos, la total inoperancia del plácido atardecer, de las ya casi agostadas nubecillas del cielo, del cielo mismo, parte gris, parte rojo, de la silla de a dos reales hora, en la que descansas tus doloridas posaderas, sentado sobre el coxis como un gorila tísico.

Dios Santo, Simeón Lucas, hace escasamente ochenta y cuatro horas te encontrabas contento y hasta te imaginabas una dina felizmente extraída de la fuerza motriz productora de la armonía del mundo y de la vida y ahora te das cuenta de que nada hay que hacer y piensas que lo peor de todo ha sido el telefonazo del Agente de Cambio y Bolsa don Julio Moya Oliver a tu jefe, don Enrique, para decirle que los viudos recientes acostumbráis a quedar tristérrimos y que a él le ocurrió lo mismo y que, en consecuencia, era justo que te distrajeses y que por solidaridad debía darte unos días de permiso y una paga, ya que el bienestar material da mucho consuelo, aunque, desde

luego, no es todo, porque, como católico y español, hay que tener un sentido espiritualista de la vida, y reconoces que, a pesar de su buena voluntad, don Julio te ha fastidiado, y que si estuvieses ahora en la oficina no pensarías lo que piensas ni estarías donde estás (deducción lógica, sentido común), ni, por lo tanto, tan extremadamente agobiado pensando en ella, en ella, en ella, como si tus oídos estuviesen pendientes de un disco rayado que repitiese su voz una y mil veces, como si tus ojos persiguiesen en el atardecer su rastro, su figura o el indeciso y suave vaivén de sus caderas, como si tu olfato, Simeón Lucas, identificase el perfume de los macizos de flores de la plaza con el olor de ella.

Ahora, con la cabeza aún apoyada en el respaldo de tu silla, fijas de nuevo la mirada en el cielo y ves que el día se acaba, que ya es imposible distinguir nada en el firmamento ni nubecillas ni un solitario rastro de claridad, ves que el edificio del Banco Popular Español es ya una mole oscura, sin tiernas o alegres aureolas, y que las golondrinas y los jilgueros han desaparecido de repente, como absorbidos, como exterminados, como barridos por la noche incipiente y núbil, que va desarrollándose poco a poco, pero con fe en sí misma por todo el cielo, y suspiras, Simeón Lucas, y te das cuenta de que a tu alrededor hay silencio, de que ya no oyes las voces de los transeúntes ni los gritos de los niños y recuerdas las palabras del cura del cementerio, el que le echó al cadáver su último responso; recuerdas al cura acercándose a ti, con los hombros de la sotana sembrados de caspa, diciéndote: "En el Cielo os veréis, en el Cielo os volveréis a encontrar", y sonreíste y notas que tus ojos se humedecen, y parpadeas, y vuelves a mirar con nuevo brío al cielo e intentas descubrir en el cielo algo que sea ella, la voz de ella, su figura, el indeciso vaivén de sus caderas o el olor de ella, porque te parece imposible, o mejor, resulta totalmente imposible, esperar, tener que esperar diez, veinte, treinta años para volver a verla, para que su cumpla lo dicho por el cura, y observas detenidamente el cielo y nada: el cielo está ya oscuro, negro —como tú—, de noche, Simeón Lucas...

II

LLUVIA

Al acabar la consulta, los médicos han dicho que el niño morirá mañana, y he llorado con la Paula, cogiendo a la Paula de la mano. Después he llamado a la oficina para decir que aplazaba el viaje de ventas, y ahora me siento detrás de la ventana y veo la lluvia cayendo, derramándose por los hombros del mundo, brillando como diamantes de Rhodesia, con solidez de diamante de Rhodesia, incluso, en los halos de luz de las benditas farolas de las aceras. Me entretengo en admirar las gotas de la lluvia rebotando en el suelo o el surtidor de agua, fango y espuma que levantan los coches al pasar por el charco que se forma en el pequeño socavón de la esquina de la calle, y me lo digo y me lo repito, mientras el mundo y el calor de la tierra viviente se refrigeran con la inusitada tristeza de la lluvia, me lo confirma una vez más, dándome perfectísima cuenta de lo que pienso, dañándome lo que pienso, sumiéndome en la total frustración de la noche y de la lluvia-diamante y de las farolas y del charco de espumas: el niño irremisiblemente morirá. Vuelvo la cara y decido pasear la mirada por el interior de la habitación y contemplo las siluetas de los objetos, de los muebles recortados en la sombra por ese absurdo resplandor de virginidad que conservan las noches, por ese resplandor de virginidad que atraviesa las nubes, el cielo hinchado, moribundo ya de hidropesía, lanzando por el vientre sangre, en vez de humor y agua, y que penetra por las ventanas, y que se mete en la habitación a oscuras, trayendo de la mano su tristeza habitual, su abandono inmenso, contagiándome, informándome, atravesándome a mí, a los muebles, a los objetos de la habitación, del dolor, del miedo, de la angustia, de lo más elemental de la vida y la muerte: el hartazgo, el frío o la extrañeza de ver lo de siempre, lo cotidiano, desde un nuevo punto de vista, que bien pudiéramos llamar el prisma muerte. Paseo la mirada por la habitación (mientras fuera, en la calle, la lluvia y los diamantes se conjugan como seres amándose, se identifican o confluyen entre sí por obra y gracia del binomio muerte-amor, y los coches chirrían sobre el asfalto húmedo, se deslizan sobre la lluvia abandonada y levantan, Dios mío, surtidores de esperanza sucia en el charco de la esquina), y veo uno por uno, acaricio uno por uno, los muebles, los objetos de la casa y los admiro y los amo y los enumero: cinco sillas de madera —la sexta está en la carpintería del Ignacio para pegarle el respaldo con cola—, imitación renacimiento, con asiento tapizado en rayón, con un dibujo representando no sé qué escenas mitoló-

gicas, más o menos en relieve, cuyas siluetas seguía el niño con los dedos, mientras producía con los labios un zumbido imitando el motor de un coche, como si el dedo del niño fuese un coche marchando por las increíbles carretas del asiento de rayón en relieve de las sillas. (Hasta anteayer, hasta que le dió la cosa en las meninges y lo dejó en la cama tronchado, con la lengua fuera, el niño fué un chico inteligente, con imaginación y con sentido crítico, no se crean.) Veo también, a la luz del resto de virginidad que le queda a la noche, el butacón alto, viejo, orejudo, de terciopelo verde, comido ya, raído por las aposaderas y las nucas de años y años, el butacón que el niño decía que cambiaba la piel como los toros en el invierno o que tenía el herpes como "Tolín", el perro, y veo la camilla, con su largo faldón de alpaca o de cretona y el tapetito de bolillos, ya no blanco, gris, que necesita una buena jabonada, y veo en la pared el cuadro en el que à la luz del día, a la luz de la verdad, y no a esta muerte, se ve a mi padre, marcial y bigotudo, en su uniforme de Telecomunicación, y la silueta del retrato de mi madre, el del marco que dijeron caoba y resultó ser haya, y la tristeza sigue avanzando hacia mí y mis cosas, sigue invadiendo el resto de los objetos de la habitación, proyectándolos en la penumbra sobre la nada, sobre el vacío último, definitivamente, y que son:

— Una estantería con carpetas de pedidos y ventas.

— Un reloj mueble de pared.

— Dos butaquitas, imitación Chippendale, pequeñas.

— Una vitrina con objetitos de arte.

— Dos sillas sin estilo.

— Una mesita baja con una revista encima.

— Los cuatro ceniceros de la mesita anteriormente citada, repletos aún de las colillas que han dejado los médicos durante la consulta.

— Un aparato de radio.

— Un tocadiscos que no funciona.

— El sillón en que estoy sentado, también verde, orejudo y con herpes.

Eso es todo.

Vuelvo la cara hacia la ventana y la lluvia sigue cayendo, brillando, poniendo un epitafio monocorde y hermoso sobre la muerte total del mundo, cantando, planteando sobre las conciencias la ecuación del trashumar del hombre, x = frustración + muerte + ternura; esperanza inútil; y decido que el caer de la lluvia duele en los ojos, y retiro la vista de la calle, pensando que la habitación huele a lo de siempre, al tufo familiar de garbanzada y cocido, adosado, año tras año, a las paredes, mezclado, entrelazado o ya fundido al deje de humanidad que

transpiramos todos, sudor espeso, pies mal cuidados, no por falta de higiene, sino de agua caliente, y, sobre todo, el olor peculiar de la Paula, la madre del pequeño, mi mujer, en sus días más tristes. Huelo la habitación y me encuentro mejor, reconfortado con los olores viejos que me estimulan más que los de un parque de rosas, porque son los olores íntimamente nuestros los que nos hablan vida, y un camión de verduras o mariscos o leche que marcha hacia el mercado, hace sonar el agua, la espuma, la podrida esperanza del charco de la esquina, destrozando el silencio, el batir de la lluvia, la exquisita virginidad de la noche, a pesar de su preñez de nubes. Después, ya nada. Escucho y el tic-tac del reloj de pared llega hasta mi tristeza y hasta me parece distinguir a la penumbra el resplandor del péndulo oscilando, tic-tac, tic-tac, y aguzando el oído más y más percibo perfectamente el estertor de la respiración del niño con su lengüita fuera, con su lengüita rota, mordida por los dientes, ensangrentada, con sus labios hinchados, cianóticos, mal. El niño mal, con sus meninges tísicas o podridas o muertas, lo que sea, lo que han dicho los médicos ininteligiblemente, rudamente, con tristeza infinita, después de dejar los cuatro ceniceros de la mesita baja repletos de colillas. Aguzo el oído y escucho el respirar entrecortado, sollozante de la Paula en su cuarto, durmiendo levemente en su cama, produciendo el sonido peculiar vegetaciones-nariz, que es un murmullo tormentoso, que no es ronquido ni suspirar sobresaltado, pero sí un runruneo firme, monocorde, como si usted pusiese en marcha una sierra mecánica y la cubriese luego con unas cuantas mantas. Así o parecido. Pienso en la Paula y me enternezco, porque la Paula es sinónimo de soledad, de campo y yermo, y sus entrañas están secas, polvorientas y tristes como el cauce abandonado de un riachuelo, y miro a la ventana y la lluvia-diamante rodea, abraza, se estrecha a las farolas y me levanto y camino por la habitación, mientras los camiones del mercado se acarician los lomos con esperanza inútil, sucia, se envuelven con el mundo en la tristeza inédita, en la frustración absoluta de la lluvia, mientras oigo el tic-tac del reloj y la respiración fatigosa de la Paula, preguntándome si habrá que vestir al niño con el traje de la primera Comunión o sencilla y llanamente envolverlo en una sábana, cuando se cumplan las palabras de los médicos:

—Mañana, el niño estará muerto.

Jorge Ferrer-Vidal Turull.
Encarnación, 10.
MADRID